

DOMINGO SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS.

PODEMOS DEJAR DE SER BABEL.

La fiesta de pentecostés está encuadrada en la pascua, más aún, es la culminación de todo el tiempo pascual. Las primeras comunidades tenían claro que todo lo que había realizado el Espíritu en Jesús, lo estaba realizando ahora en cada una de ellas. Éste no puede ser un presupuesto de la evangelización por tratarse de la base fundamental en la experiencia de la fe. Los efectos históricos de Pentecostés pueden ser igualmente históricos para nosotros por el cambio, conversión, que el Espíritu realiza en nosotros. Pablo refiriéndose a una porción del pueblo de Dios, dice en la despedida a los presbíteros de la comunidad de Éfeso: "Miren por ustedes mismos y por todo el rebaño, del que los constituyó pastores el Espíritu Santo, para apacentar la iglesia que Dios adquirió con la sangre de su Hijo" (Hecho 20,28). En la carta a los romanos "estar privados de la gloria de Dios es no tener la presencia del Espíritu que se nos comunica" (por el bautismo) (Rom 3,23)

Cuando dejamos o no tenemos la experiencia del Espíritu, Kerigma, trasladamos la gente al campo conceptual o doctrinal sobre el Espíritu Santo; sin tener en cuenta que al Espíritu solo se puede acceder por la experiencia interior, como le ocurrió a la comunidad de los discípulos. No hay acción del Espíritu cuando la comunidad o las instituciones comunitarias se constituyen en estructuras netamente jurídicas. La presencia del Espíritu en nosotros, nos mueve a parecernos a Él como seres espirituales más que organizaciones profanas.

SOMOS NUEVA CREACIÓN

Juan presenta el envío del Espíritu en dos momentos: En el momento de la muerte de Jesús: "Inclinando la cabeza entregó el Espíritu..." El segundo momento es la aparición del resucitado a los discípulos, el domingo de pascua: "sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (evangelio). Así Juan une al don del Espíritu la muerte y resurrección del Señor. Hablar de Dios es hablar del Espíritu porque Dios es Espíritu. Cuando Jesús sopla sobre los discípulos el Espíritu está haciendo una nueva creación como ocurrió en el Génesis, "entonces Yahve formó al hombre con polvo del suelo y sopló en su nariz aliento y vida, y resultó el hombre un ser viviente" (Jn 2,7); o el Espíritu de vida en los huesos secos de la visión de Ezequiel. (Ez 37,3-5). El Espíritu es el último suspiro del Jesús histórico y el primero del resucitado, como plenitud de vida y energía.

EL ESPÍRITU EN LA COMUNIDAD.

El Espíritu es el nuevo modo que Jesús tiene para estar presente en medio de

nosotros, la comunidad. "Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Espíritu no vendrá a vosotros; pero si me voy os lo enviaré" (Jn 16,7). Con la partida de Jesús en la Ascensión, el Espíritu toma su puesto en la comunidad. El Espíritu constituye para Juan el vínculo entre Jesús y la comunidad de discípulos. Ahora se cumple la promesa de la despedida: "Vosotros me veréis, porque yo sigo viviendo, y vosotros viviréis" (Jn 14,19). Del Espíritu solo podemos hablar con signos: viento, fuego, lenguas. La diversidad de lenguas y el hecho de que cada uno les oiga en su propia lengua aluden a la universalidad del mensaje y al esfuerzo de adaptación de las comunidades misioneras a las diversas culturas. El don de lenguas es el carisma para hablar de Jesús, convencer y convertir a la gente por acción del Espíritu del resucitado que nos hace creyentes. La lengua de Babel, construcción humana, era de egoísmo, orgullo y ambición; Babel por ser signo del egoísmo habla en singular, yo y lo mío. Pentecostés es lenguaje de amor, crecimiento diversificado por los dones y los frutos del Espíritu Santo; por ser comunión habla de compartir y perdonar para hacer comunidad; "su signo y fruto es la paz y la alegría, el amor, el gozo, la paciencia, la amabilidad, bondad, fidelidad, modestia y dominio propio; contra eso no hay ley que valga" (Gal 5,22-23).

EL ESPÍRITU ACTÚA POR DONES Y FRUTOS

Las palabras "atar" y "desatar" en el pensamiento de Juan quieren decir: Si ustedes perdonan los pecados de alguien ellos quedan perdonados; si ustedes retienen los pecados de alguien les quedan retenidos"; así era la práctica del perdón en la Iglesia primitiva; con una misión personal, íntima y perfecta simbolizada en los siete dones y frutos del Espíritu Santo. El don de la sabiduría, gusto por la palabra y predicación que nos permite dar sentido a toda nuestra historia, la que recibimos cada día con menos gusto y carente de valor; para identificarla como una historia de salvación. El don de entendimiento del Espíritu Santo nos permite dar respuesta a la pregunta más importante y decisiva en la vida de todo Creyente ¿Qué quiere Dios de mí? Por el don de inteligencia el Espíritu Santo nos permite comprender los acontecimientos por sus causas para que seamos más eficaces en las soluciones. Por medio del don de consejo los creyentes que han aprendido a escuchar al Espíritu por la palabra, la oración y la liturgia; pueden exhortar e iluminar a quienes quieren orientar su vida de acuerdo al Espíritu recibido en el bautismo. La compasión, piedad, del resucitado según Dios, termina convirtiéndonos a la compasión con los hermanos; sobre todo los pobres como predilectos de Dios. El Espíritu Santo nos sana de los miedos y la imagen que nos infundieron del Dios justiciero, para reconciliarnos con el Espíritu del Jesucristo resucitado. Pablo pensaba así la fortaleza partiendo de la fragilidad: "Hemos sido atribulados por toda parte, perseguidos, golpeados; pero resistimos con el fin de que la vida de Cristo se manifieste en nuestro cuerpo" (2 Cor 4). Es el Espíritu Santo quien cuida de sus dones en

nuestro interior para el servicio de los demás como el mejor tesoro de la fe.

Espíritu Santo inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, lo que debo escribir, cómo debo obrar y que debo hacer para procurar tu gloria que es la presencia en mi corazón como don para los demás. Así sea.

Padre Emilio Betancourt